

Despertar. Mercedes Benito

El día ha amanecido limpio y sosegado. Sama Rawenanda se ajusta el sari, hoy violeta, frente al espejo. Se atusa el cabello y abre la puerta. Aspira el frescor de la calle, una vieja costumbre que le insufla la energía necesaria para acometer sus tareas cotidianas. Desde que se jubiló del trabajo en el hospital, mantiene el hábito de madrugar y su jornada comienza con un largo paseo por el parque cercano. Una suerte –piensa a menudo– contar con este desahogo verde en la inmensa mancha de cemento y humo que asfixia a los habitantes de Delhi.

Se sienta a reposar. En un banco frente al suyo, aunque un poco ladeado, una pareja joven se mira a los ojos con una ternura y una pasión que, de pronto, han despertado el pecho de Sama. No hay contacto físico entre ellos, impensable en un espacio público, aunque los usos occidentales impregnan cada vez más las costumbres de su país. Tan solo las miradas que destellan. ¿Ha sentido ella alguna vez una emoción semejante? ¿Ha tenido ocasión, se lo ha permitido siquiera? Cuando la entregaron a su marido era tan niña y él tan mayor que las circunstancias no daban cabida a la pasión. Después, la violencia tiñó cualquier atisbo de esperanza en una relación que había nacido herida. Prefiere no recordar, pero sabe que ese sufrimiento de entonces ha actuado como una barrera silenciosa frente al amor.

Más adelante, pudo estudiar y dedicó su vida, de forma absoluta, a la medicina y la investigación. El deseo de la maternidad, tan común en su entorno, lo suplió entregándose a salvar de la muerte a muchos niños y mitigar el dolor de aquellos a quienes la ciencia no alcanzó a sanar. ¿Y después? ¿Había llegado a percibir el hueco

apagado en su vida? Hoy, para su sorpresa, la electricidad que emite la joven pareja ha prendido el interruptor de su corazón.

Unas pisadas conocidas rompen el silencio de las horas tempranas del parque. Semanas atrás apareció un hombre en cuya cabeza raleaban las canas sobre una curtida piel morena. Sama notó que la observaba, aunque ella desvió al instante la mirada. Día tras día, ambos cumplían con su rutina matinal. Enseguida, él pasó al saludo, acompañado de una sonrisa. Poco a poco, han entret Tejido una conversación, escueta al principio, demorada desde que él solicitó permiso para descansar en el banco que, ya para entonces, Sama consideraba casi de su propiedad. Conversación que, por supuesto, no ha franqueado la entrada a confidencias personales.

Al acercarse Ravi, Sama se da cuenta de que los jóvenes ya han abandonado su nido de amor. Se alegra, porque la visión de la escena junto a un hombre, o en compañía de cualquier otra persona, le habría avergonzado. Intuye que a él también le habría incomodado un comportamiento tan explícito de la pareja a los ojos de la sociedad india. La juventud de antes era más pudorosa que la de ahora. Por primera vez, se fija en las manos de Ravi y las encuentra expresivas, también hermosas. Las uñas, bien cuidadas.

Un leve rubor le ha teñido el rostro al colarse en su imaginación los dedos de Ravi deslizándose por su piel. Le preocupa que lo haya advertido y, sin embargo, cuando él se levanta para irse, ella le pregunta dónde vive y le sugiere hacer juntos el recorrido que comparten. La escucha con atención y a Sama le agrada ese interés hacia sus palabras. Su sentimiento gozoso deja paso a una fantasía que se permite no apartar a un lado.

El trayecto ha sido breve. En el umbral de una casa, una mujer que Sama supone su esposa, acoge a Ravi con una mirada semejante a las que abrieron la

mañana y le despertaron el corazón dormido. A pesar de la decepción, Sama sonríe. Hoy parece el Día de las Miradas Ardientes y ella, resuelta, parte en busca de una que le devuelva el deseo y la ternura reverdecidos en su pecho, de repente, joven.

Camina hacia casa sintiéndose como una colegiala. Rastrea en su memoria algún atisbo de pasión y solo encuentra silencio. No recuerda que ningún hombre, pese a que ha tratado con muchos en su desempeño profesional, le haya provocado un interés distinto al compañerismo y a la pasión científica compartida. Se da cuenta ahora de que la entrega a su misión, y el pasado, la han mantenido al margen del deseo amoroso, aunque solo fuera en el territorio de la imaginación. En la última etapa de su vida, el estatus de viuda y el rigor de las convenciones sociales remataron un caparazón que, de pronto, le oprime el cuerpo entero.

Aprieta el paso. Le urge encontrar la forma de quebrar esa coraza y respirar libremente. Avanza plena de confianza y sus ojos le regalan, como si fueran nuevas, las calles desconchadas y las gentes de su barrio con quienes se cruza cada día. La tarde, que aún no ha nacido, se le ofrece abierta, larga, como una promesa sin orillas.